

Ruinas de España

Monasterios bernardos de Galicia

El movimiento religioso promovido por aquel «gran amador del silencio» que fue San Bernardo, alcanzó milagroso crecimiento en el siglo XII, favorecido por una estrecha disciplina y una organización admirable. Cuatro mil monasterios de varones y seis mil de monjas, dice el padre Yepes, llegó a tener la Orden Cisterciense, repartidos por toda la cristiandad. Fueron sus comienzos eminentemente ascéticos y de vida práctica: Orden del yermo, de soledades, de plena unión con la Naturaleza.

A más de la gran influencia religiosa, fue enorme la social ejercida por San Bernardo y sus hijos. Cada uno de esos millares de monasterios era un centro de colonización, de cultivo y roturación de tierras incultas, en comarcas despobladas, y no pocas veces en lugares pantanosos y malsanos. Con frecuencia los primeros monjes tuvieron que comenzar por abatir bosques y encauzar corrientes de agua.

La regla disponía que los monasterios debían estar concebidos de tal suerte que no faltase en su recinto nada de lo necesario para la vida de sus pobladores: aguas corrientes, molinos, jardines y huertas, talleres..., con el fin de que los religiosos no salieran al mundo exterior. Su emplazamiento lo fija un capítulo general del Císter en 1134: «No se construirán nuestros cenobios en ciudades, villas o castillos, sino en lugares apartados de la frecuencia de los hombres», en sitios retirados, «convitando a puntualidad, observancia y reformation»¹, nunca sobre tumbas de santos capaces de atraer piadosas muchedumbres de peregrinos. Establecíanse con preferencia en el fondo de valles reducidos, solitarios y cerrados, en los que el alma parece reconcentrarse en sí misma.

Arquitectónicamente los grandes monasterios del Císter surgen en uno de los momentos más interesantes y discutidos de la evolución constructiva de la Edad Media: la llamada, impropriamente, transición románico-ojival. Fueron los monjes bernardos los que propagaron por toda Europa los secretos de las bóvedas de ojivas y las primicias del goticismo naciente.

España, predilecta antes de los cluniacenses, llegó a serlo un siglo más tarde de los hijos de San Bernardo. Así como Alfonso VI fue el gran protector de aquéllos, el VII fundó y propagó las casas cistercienses por toda la Península dominada por los cristianos.

¹ Padre Yepes.

Galicia, centro de cultura galicana por virtud de las peregrinaciones a Compostela, mal que les pese a algunos de sus nativos, que por un equivocado y mezquino patriotismo olvidan que «la fuerza de la verdad ha de tener en los historiadores tanta entrada, que cierre la puerta a la afición, y al amor de padres, hermanos y patria»², fue una de las regiones españolas en las que más monasterios cistercienses se fundaron. Tan sólo dos —Moreuela (Zamora) en 1131 y La Oliva (Navarra) en 1134— preceden a Osera, en las montañas de Orense, fundación del año 1137. Siguen a éste, en tierras gallegas, Monfero (La Coruña), en 1140; Melón (Orense) y Sobrado de los Monjes (La Coruña), en 1142; Meira (Lugo), en 1144; San Miguel de Bóveda (Orense), primer monasterio femenino del Císter en España, en 1145; Junquera de Espadañedo (Orense), en 1152; Montederramo (Orense), en 1153; Armenteira (Pontevedra), en 1162; Acibeyro (Pontevedra), en 1170; Ferreira de Panón (Lugo), en 1175; Oya (Pontevedra), en 1185, y Moreira (Lugo), en 1198. De los de Penamayor (Lugo), Tojosoutos (Coruña), Franqueira (Pontevedra), y San Clodio (Orense), ignóranse las fechas de fundación.

De estas diez y siete casas religiosas fundadas en Galicia en poco más de medio siglo³, las siete más importantes —Osera, Melón, Meira, Sobrado, Armenteira, Montederramo y Acibeyro— fueron filiales de la gran casa matriz francesa de Claraval, en la Borgoña. Los primeros monjes, los fundadores o reformadores, serían franceses venidos de ella: de Melón y Meira consta que su primer abad procedía de Claraval; de Montederramo, que de allí vinieron monjes a su reformación; en Sobrado, dice la tradición, que se establecieron doce discípulos de San Bernardo llegados del mismo lugar.

La colonización de los campos gallegos por los cistercienses, entre los años 1150 y 1200, tuvo, pues, su origen en Francia, y galicano debió ser el influjo social y político, a la par que religioso, que ejercieron en sus primeros tiempos.

Multiplícáronse estas fundaciones bernardas a la sombra del favor real y con el apoyo de príncipes y magnates, prestos siempre en seguir los pasos de la realeza. No solamente les guiaba en la protección a los monjes blancos un fin religioso: reconquistada gran parte de la Península, repobladas bastantes villas, había llegado el momento de pensar en la colonización de los campos. Era pasada la hora de los hijos de San Hugo y Pedro el Venerable, los monjes negros de los centros de peregrinación, agrupados siempre en torno del sepulcro de un cuerpo santo, en las rutas más frecuentadas. Imponíase poblar el agro, roturar las tierras incultas, fundar aldeas que aumentasen la riqueza del país y su seguridad. San Bernardo llegó en el momento preciso para atender con sus monjes a todas estas necesidades. Sus prédicas

² Padre Yepes, *Crónica general de la Orden de San Benito*, V, fol. 207.

³ Algunos de estos monasterios existían anteriormente; tales son los de Osera, Meira, Sobrado, Montederramo, Oya, Tojosoutos y San Clodio. Para éstos, las fechas citadas son, pues, las de su reforma, es decir, de su sujeción a la regla del Císter.

constituyeron un retorno a la naturaleza de los que tantos había conocido ya la historia de la humanidad y conocería después de él. Pero lo que casi siempre fue una aspiración intelectual de gentes desengañadas o agotadas por una vida de ritmo muy acelerado, en el santo borgoñón fue fervor ascético que empujaba a sus monjes a los campos solitarios, coincidente con una necesidad social imperiosa de cultivar éstos. Alrededor de cada abadía formábase un centro de trabajo agrícola e intelectual, de estudio y caridad, de educación moral.

* * *

De estos diez y siete monasterios gallegos, bastantes conservan sus fábricas de fines del siglo XII y primera mitad del XIII. Son obras arquitectónicas de gran importancia algunas, poco conocidas y de estilo casi siempre importado, ajeno por completo a la región, los más grandes y ricos; tributarios de ella, las fundaciones más modestas, regla ésta de la que se encuentran pocas excepciones en la historia de la arquitectura.

Así las iglesias de Osera y Melón son magníficos edificios, con girola de capillas radiales, según un tipo frecuente en las iglesias francesas de peregrinación en el siglo XII, y nave central más ancha y alta que las laterales, cubriéndose las tres de Osera con cañones sobre unos fajones; Meira y Armenteira tienen estructura borgoñona, con naves bajas cubiertas por bóvedas de arista, y la catedral con cañón agudo, siendo plana la cabecera de aquélla, típicamente cisterciense, mientras la segunda tiene tres ábsides semicirculares; Oya, con su cabecera plana y su estructura de cañones perpendiculares al de la nave central, en las laterales, copia la disposición de la abadía de Fontenay, frecuente después por toda Europa. Los templos de Acibeyro, Penamayor, San Clodio y Junquera de Espadañedo, fundaciones más humildes, presentan las características regionales, con sus tres ábsides semicirculares (poligonal el central en las dos primeras), careciendo de crucero y cubriéndose, en su disposición primitiva, con armaduras de madera⁴. Ferreira de Pantón y Franqueira repiten el tipo general de iglesias de una nave y un ábside semicircular. La de Montederramo fue rehecha en el siglo XVI, no careciendo de grandiosidad; del monasterio de Tojosoutos, tan sólo el claustro, traladado hoy a Noya, se conserva; restos insignificantes de las fábricas primitivas quedan únicamente en Monfero y Sobrado, habiendo desaparecido el de Moreira, que debió ser modestísimo.

Carecen casi por completo estos monasterios gallegos de dependencias

⁴ Este tipo de iglesia de tres ábsides semicirculares, sin crucero, y tres naves cubiertas con madera, separados por pilares cuadrados de columnas adosadas en sus cuatro frentes, encuéntrase por toda Galicia, constituyendo un tipo de iglesia de alguna importancia y magnitud, sencillez de construir y económico: iglesias de Mosteiro de Ramirás (Orense), Santa Marina de Aguas Santas (Orense), Ribas de Sil (Orense), con una inscripción de la era 1202 (año 1164), Junquera de Ambia (Orense), fechada (*fumdata*) en la era 1202 (año 1164), San Martín de Jubia (La Coruña), Santa María de Mezonzo, etc.

contemporáneas de sus primitivas fábricas. Ni salas capitulares, ni refectorios, ni almacenes y silleros se conservan; claustros, tan sólo el citado de Tojosoutos y las ruinas, humildísimas y venerables, del de Penamayor; cocinas, únicamente la de Sobrado del siglo XIII, ya que otra que hubo en Meira desapareció no hace muchos años. La causa de conservarse tan escasos restos monasteriales es la de haber sido renovadas casi todas estas casas religiosas en los siglos XVI al XVIII, con grandiosidad que testimonia espléndida situación económica. De Montederramo ya queda dicho que se reconstruyó su iglesia y dependencias en el siglo XVI; por el mismo tiempo, Oya renovó totalmente sus dependencias monásticas. Monfero, en los siglos XVI al XIX, sufrió total reconstrucción, no quedando más que un muro de la obra primera; Osera y Melón, conservando felizmente sus viejas iglesias, reconstruyeron los conventos, en los que se ven ruinas de obras góticas de época avanzada, entre detalles renacientes y profusas formas barrocas; Sobrado de los Monjes reconstruyóse asimismo, con grandiosidad pocas veces igualada, en el siglo XVIII, quedando restos de poca importancia del monasterio viejo; igual suerte corrieron Junquera de Espadañedo, Armenteira y San Clodio.

* * *

Una peregrinación por estas diez y siete casas bernardas nos daría la visión total de la belleza y diversidad del campo gallego. Veríamos en Osera un apartado valle de las montañas graníticas de Orense; en Sobrado, las tierras, suavemente onduladas, del interior de la provincia de La Coruña; en Penamayor, las sierras por las que penetraba en Galicia el camino francés; en Armenteira, los montes que separan las rías bajas; en Oya, la costa brava del Atlántico. Y en estos paisajes, edificios grandiosos, abrumados por el peso de los años unos y por el abandono de los hombres casi todos. El granito gallego, tratado sobriamente con un sentido racionalista y austero, en los siglos XII al XIII; dulcificada con una gracia impuesta y forastera en las formas góticas y renacientes; adquiriendo un brío magnífico con la pompa barroca.

La mayoría de estas iglesias monasteriales han subsistido merced a su moderno destino de templos parroquiales; la de San Clodio y Oya albergan a congregaciones religiosas establecidas allí en nuestros días. Penosamente se mantienen en pie, ya que la consignación anual para la fábrica de muchas de ellas, escasamente pasa de las cien pesetas, débil viático para su vejez. Aún no ha sido posible que nuestro servicio de monumentos se organice en condiciones de eficacia para proteger estos edificios olvidados. La vegetación parásita que se desarrolla lozana en los campos húmedos de Galicia, cubre los muros y rodea las columnas, con abrazo que llega a ser mortal. La Naturaleza cobra largamente la belleza efímera que presta a los edificios abandonados.

Más que en proyectos de urbanizaciones y reconstrucciones arqueológicas poco oportunas, inactuales, y de dudoso gusto, de las que se ha habla-

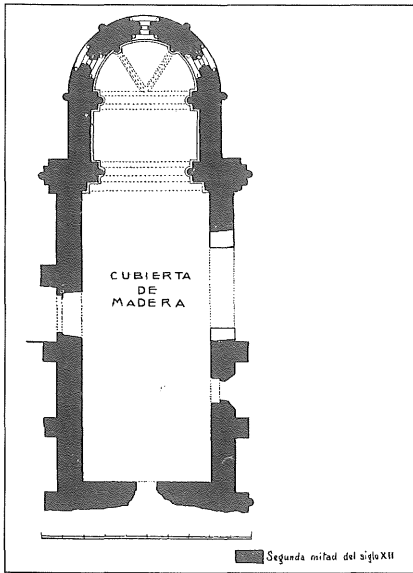
do recientemente en Galicia, debería pensarse en sostener estos monumentos, compendios de la vida y del arte galaicos, España y Galicia deberán gratitud a quien inicie su reparación y consiga luego hallarles un destino práctico, capaz de animarles con la vida que, pronto hará un siglo, huyó de ellos.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS

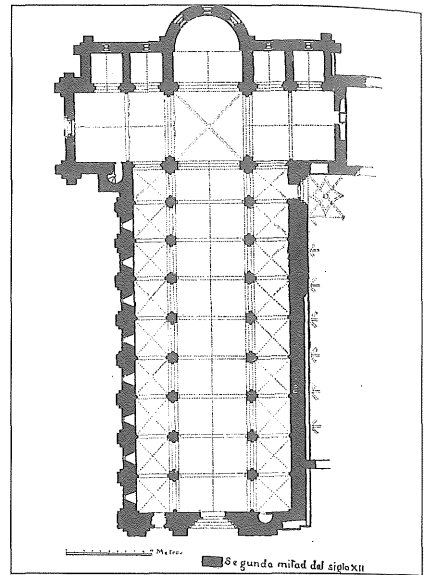
Arquitecto

Arquitectura.

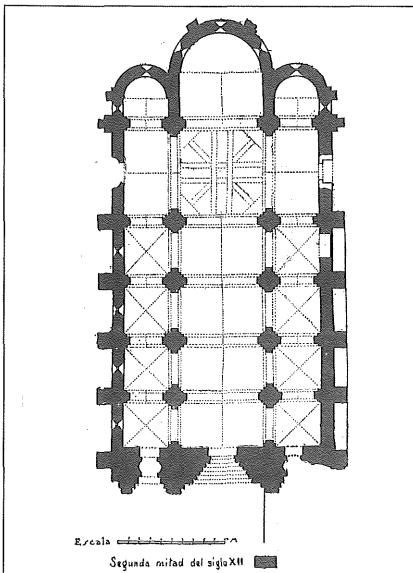
Mayo, 1929



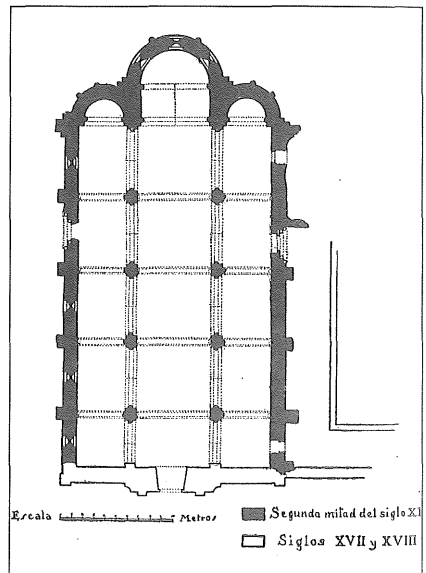
Planta de la iglesia de Ferreira de Pantón.



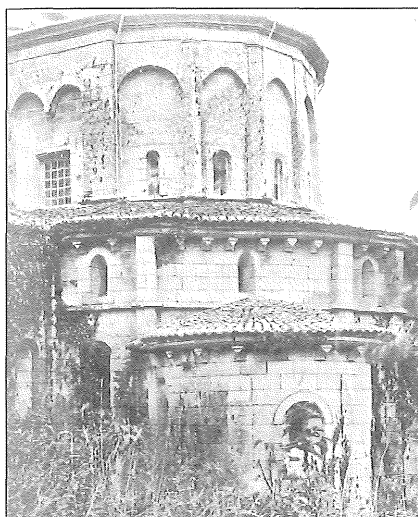
Planta de la iglesia de Meira.



Planta de la iglesia de Armenteira.



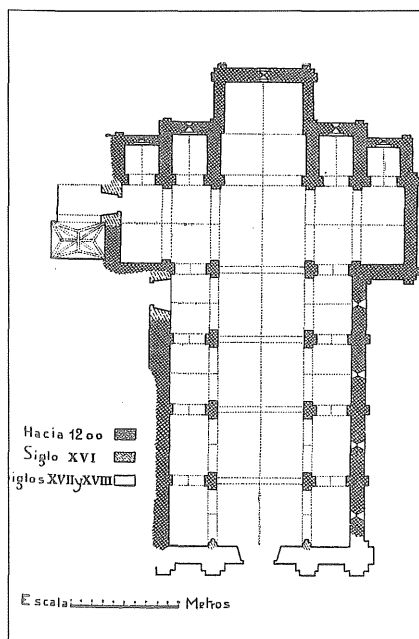
Planta de la iglesia de Junquera de Espadañedo.



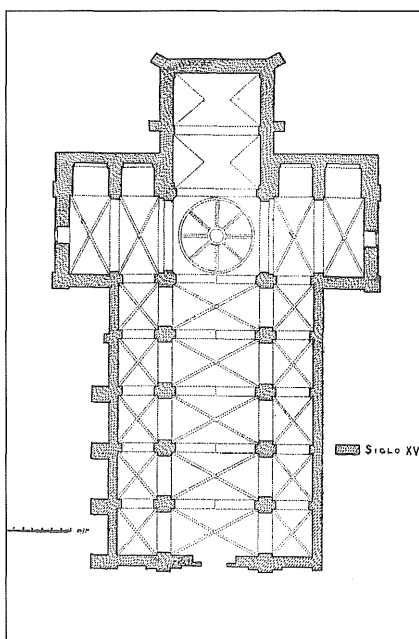
Melón. Cabecera de la iglesia.



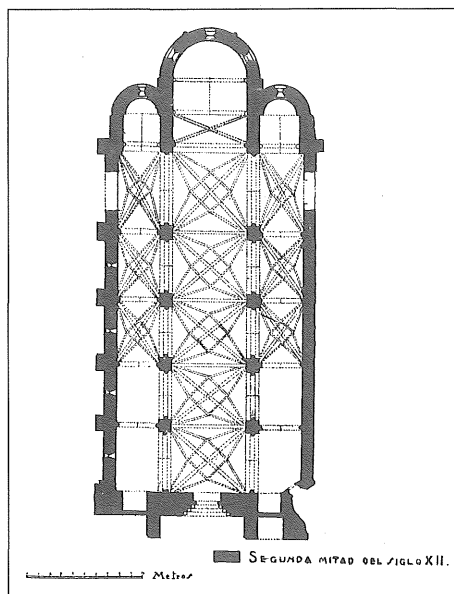
Osera. Cabecera de la iglesia.



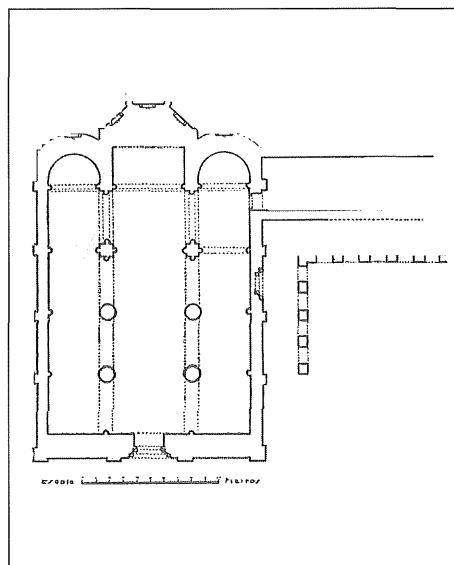
Planta de la iglesia de Oya.



Planta de la iglesia de Montederramo.



Planta de la iglesia de San Clodio.



Planta del monasterio de Santa María de Penamayor.